

se debe que en los últimos años, los maestros hayan seguido tan espontáneamente a los comunistas. Hay que saber mirar la verdad cara a cara. Quienes crean la nueva vida, las nuevas formas de vida social, son los comunistas; ellos quienes desarrollan la función de aceleración cultural...

Niños ayer, hoy adolescentes. Se atienden al sabio precepto: *en historia vivir no consiste en dejarse vivir, sino en preocuparse muy seriamente, muy conscientemente del vivir, como si fuera un oficio.*—F. Ortúzar Vial.

LOS QUE NO FUIMOS A LA GUERRA,
por W. Fernández Flórez.

El lector casual de libros humorísticos es siempre un hombre ingrato. Ríe y goza físicamente con los chistes del libro, se entrega a él sin espíritu crítico alguno, se divierte. Pero, al final, dándose cuenta del tiempo que ha perdido leyendo el libro, tiempo que pudo aprovechar en una lectura más elevada y de más fruto, aparece en él el espíritu crítico y exclama:

—¡Qué estupidez!

Son muy pocos los libros humorísticos que se salvan de este último comentario, sobre todo si el lector los ha leído engañado por la propaganda o en un rato de distracción intelectual. El libro de Fernández Flórez, aunque sin admirativos, merece el comentario. Puede que esto sea en nosotros una irrespetuosidad hacia un autor de tanta venta y tan elogiosamente comentado en los periódicos de España, país donde el humorismo literario ha tallecido hace

mucho tiempo; pero así lo sentimos y lo decimos.

Su humorismo es un humorismo de brocha gorda, un humorismo de frases, no de ideas, que es el verdadero y el único humorismo que perdura en la literatura. Las situaciones de sus personajes no tienen nada de ingeniosas; su prosa es pesada y sus chistes también. Les falta espiritualidad.

Se empieza a leer el libro con cierto agrado. El primer capítulo ofrece más de lo que se encuentra y hasta la mitad del libro el lector no siente la vacuidad de la obra; pero a medida que avanzan los acontecimientos y se suceden las páginas, Fernández Flórez va perdiendo en el concepto del lector. ¿Esta es la novela que elogian tanto en España? La verdad, no vale la pena.... Lo que Gómez de Baquero, García Mercadal, López Prudencio, Díez-Canedo y Emilio Carrère dicen de la obra de Fernández Flórez, puede estar muy bien si se refiere a otros libros del mismo autor. Pero aplicado a *Los que no fuimos a la guerra* resulta exagerado y falso. Cuando se dedica, en la parte última del libro, a hablar de la mujer, provoca risa, no por los chistes que dice, sino por la seriedad con que habla.—M. R.

BIOGRAFIA

SAGASTA O EL POLÍTICO, por el Conde de Romanones.

Decididamente, los españoles no tienen aliento biográfico. La colección de Vidas Españolas del siglo

XIX completa su séptimo volumen con *Sagasta o el Político*, por el Conde de Romanones (1), que es un fracaso más en la serie. No todos los volúmenes de la colección, es cierto, pueden considerarse tan duramente como este del señor Conde. Pero también es cierto que ninguno de los otros queda cerca de los modelos que sus autores han tenido a la vista. En efecto, la biografía ha tenido gran desarrollo en los últimos años en todos los países cultos de Europa. Primero fué Inglaterra con Lytton Strachey; más tarde Alemania con Emil Ludwig; luego Francia con una vasta falange de buenos noveladores de la biografía. Sea que la moda biográfica obedezca a una decadencia de la novela, o sea cualquiera su causa, la verdad es que hoy parece imperativo de la literatura cierta dedicación a la biografía. Cuando ya se habían escrito las mejores biografías que esta racha ha producido, España pensó en seguir la huella. A este designio obedecen estas siete vidas españolas del siglo XIX y algunas otras que aisladamente se han ido produciendo. Quien escribe estas líneas ha seguido este aspecto de la literatura de España con el interés que dedica a todo lo español. Siente en verdad haber gastado tantas horas a tan estéril ejercicio.

Tal vez lo mejor que se haya producido en materia de biografía de España sean algunos consejos que ha dado Benjamín Jarnés, autor de una deficiente vida de *Sor Patrocinio, la monja de las llagas*, sobre el

arte de escribir biografías. Fuera de esto, la lección es insignificante o nula.

El señor Conde de Romanones, político del régimen que interrumpió el tabernario pronunciamiento del 13 de Septiembre de 1923, empezó su vida pública como Ministro del último Gabinete de Sagasta. Aunque el distinguido jefe liberal había vivido ya sus mejores días, lo conoció en un instante crucial de la existencia. En efecto, Sagasta vivió para la política y sólo para la política. Dejó el Poder cuando la salud ya no le permitía seguir en él, y alejado de la cosa pública languideció y murió en breve término. Ahora bien, dados estos antecedentes, lo primero que supone el lector de esta biografía es que en ella se hará — aprovechando cualquier ocasión oportuna — un cumplido retrato, físico y moral, de Sagasta. No. El autor créese dispensado de trazarlo acaso porque recuerda al personaje con excesiva precisión, como si lo tuviese todavía ante la vista. Técnicamente, este desliz es muy grave. El biógrafo debe acometer su obra de modo tal que ninguno de sus lectores necesite recurrir a otro documento para emplazar al personaje en su medio y en su hora histórica. ¿Sería el *Napoleón* de Emil Ludwig la gran obra literaria que es si hubiese dejado en la sombra uno cualquiera de esos detalles? Más aún: entre el reinado de Amadeo de Saboya y la restauración encabezada por Alfonso XII, España sufre varias revoluciones y adopta el régimen republicano. Durante él, Sagasta — que era monárquico celoso — está naturalmente alejado del poder. El señor

(1) Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1930.

Conde entiende de manera tan peregrina sus deberes de biógrafo, que dice lo siguiente sobre todo ese tiempo:

Como Sagasta, por no ser diputado, vivía fuera de toda actividad política, y como *nosotros no seguimos el hilo de la Historia*, nada diremos de aquel período, en que los Presidentes de la República se sucedían con una rapidez vertiginosa. (Pág. 128.)

He subrayado el inciso en que me parece evidente la errada noción que el señor Conde tiene de la biografía. El biógrafo debe *seguir el hilo de la Historia* por interés de su personaje. Precisemos: el señor Conde no se cree obligado a contarnos la vida de Sagasta durante la República porque Sagasta «vivía fuera de toda actividad política». Error profundo: sentimos más que en momento alguno de la obra la curiosidad de saber lo que le ocurrió a Sagasta en ese tiempo. ¿Vivía alejado de toda actividad política en realidad? Pues bien, y entonces, si era el político por autonomía—como dice el señor Conde en otra parte—, ¿cómo vivía? Esos eran días de crisis para España. ¿Qué pensamientos le sugería a Sagasta esa crisis? Pongamos otro ejemplo, que tal vez resulte más claro para el señor Conde. El biógrafo futuro del señor Conde posiblemente se sienta tentado de decir, al llegar al día 13 de Septiembre de 1923: «Como el señor Conde de Romanones fué desplazado de la política activa y mi papel no es seguir el hilo de la Historia, dejaremos en la sombra estos seis años de su vida.» ¿Será eso justo? A mi entender, no. El señor Conde vive,

es cierto, fuera de la política, pero como político que es, su primera preocupación es la política. Así lo prueban los libros que ha publicado en este tiempo, una Auto-biografía (*Notas de una vida*), que cuenta ya dos tomos, y *Sagasta o el Político*, fuera de muchas entrevistas ocasionales y artículos varios que muestran su posición frente a la actual crisis española. ¿Se podrá prescindir de los seis años de la vida del señor Romanones bajo la dictadura de Primo de Rivera en una biografía futura? Yo creo que no. Pues bien, otro tanto creo respecto de la existencia de Sagasta durante la República.

La defensa que el señor Conde intenta hacer en las páginas finales de su libro de la vacilante actitud de Sagasta frente a la separación de Cuba y Filipinas y a la guerra con los Estados Unidos, es pobre y muy poco convincente. Si era Sagasta el formidable político que el señor Conde quiere, ¿por qué no fué capaz de aminorar siquiera las proporciones del desastre? Es verdad que su informador de Cuba era sobradamente optimista y, por tanto, inducía a engaño al Gobierno. Pero Cuba no era sino una parte del magno problema. Lo más grave era la intervención de los Estados Unidos. Pues bien, contra ellos se lanzó España inerme o poco menos, en un desafortunado gesto de heroísmo. Sucedió... lo que tenía que suceder. ¿Dónde queda la visión política de Sagasta; dónde su tino y su sagacidad? No, señor Conde, es en vano que Ud. quiera hacernos pasar a Sagasta como el político por autonomía. ¿O es que Ud. cree que el destino del político es errar siem-

LITERATURA

pre? En ese caso estaría justificado el 13 de Septiembre que Ud. repudia como ciudadano.

El que vió claro en el desdichado asunto de Cuba fué Emilio Castelar. Consultado por Sagasta sobre la situación, Castelar respondió con un largo estudio, elocuente como un discurso, en el cual se leen las siguientes frases, sin duda más proféticas que elocuentes:

Dueños los Estados Unidos de Cuba y Puerto Rico, necesitan de Santo Domingo y de Haití.... Los yanquis se apropiarán todo cuanto puedan en el canal de Panamá comenzado por los franceses.... Y si no se apropian del canal de Panamá, por no haber nacido bajo sus estrellas (1), abrirán el canal de Nicaragua.... Y entre los Estados Unidos y el Centro Americano hay una enorme distancia: tratarán de abreviarla por todos los medios, apropiándose cuanto puedan, dadas sus ambiciones, y si no consiguen apropiarse por conquista franca, mantendrán la inquietud por maquiavélicas conjuras... si no mantienen la guerra extraña sin rebozo, mantendrán sin escrúpulo las guerras civiles en todo el Nuevo Mundo. (Pág. 227.)

Pues bien, todo eso ha ocurrido y lo demás está ocurriendo, y al decirlo, Castelar hizo obra de profeta y de vidente.—*R. Silva Castro.*

(1) Refresquemos la memoria del lector: *por no haber nacido bajo sus estrellas*, Panamá fué desmembrado del territorio colombiano mediante maniobras vergonzosas que deben escarnecer siempre el recuerdo de América. Este fragmento de Castelar debería inscribirse en las placas de mármol que cubren el edificio de la hipócrita Unión Pan Americana de Washington. Es en verdad una pieza maestra.

ROCINANTE VUELVE AL CAMINO, por
John dos Passos.

La gran actualidad del espíritu hispánico en todas sus manifestaciones está provocando una verdadera marejada de libros en torno a España y a los hechos de la vida española. En los Estados Unidos el entusiasmo por el tema hispano no parece menguar. Prueba de ello es este libro, *Rocinante vuelve al camino*, escrito por John dos Passos (1). No es libro que pueda mantenerse a la altura de *España virgen*, de Waldo Frank, que sigue marcando el momento culminante de estos intentos interpretativos. Pero sí es libro lleno de condiciones y de verdadero mérito literario.

El autor emplea en su obra procedimientos novedosísimos de composición. La vida de Telémaco le permite dar una especie de telón de fondo único a este viaje por los derroteros espirituales de España. Más adelante un hidalgo castellano, que se llama Alonso y que monta en un flaco caballo, seguido de un rollizo personaje que es su acompañante, perfila la emocionante figura de don Quijote. Pero todo eso es... literatura, aunque de la mejor calidad. Lo más interesante en este libro son las viñetas parciales como «Un novelista revolucionario» (Pío Baroja), «Un poeta catalán» (Joan Maragall),

(1) *Rocinante vuelve al camino.* Traducción del inglés por Mágina Villegas. Editorial Cenit, S. A. Madrid. 1930.